

LO DE LOS SELLOS

Se ruega a los correligionarios que ofrecieron cantidades para costear la primera emisión de sellos, y no las hayan remitido, que las envíen a la mayor brevedad, porque muy pronto habrá que recoger la emisión.

El último número de El Motín ha sido denunciado. Lo sentimos.

¿VIVA, Ó MUERTA?

Pues como íbamos diciendo, ó se están burlando de nosotros los señores esos que se ocupan de la Unión, ó no sirven para pactarla. Y en uno ú otro caso, hay que decirles: «Muy respetables correligionarios: basta ya de entretener al partido.»

«Anunciaron pomposamente que la Unión estaba bien claveteada, y que se publicaría un Manifiesto programa á los pocos días. Han pasado dos meses, y no sólo no ha parecido, sino que alguna de las fracciones mezcladas en el lío, continúa organizándose cual si tuviera la seguridad de que la tal Unión no ha de ultimarse, ó que será una filia.

«Cada cuatro ó cinco días, después de decirse que estaba pactada, publicaban los periódicos un insulso sueltécito, anunciando que la Unión iba á pedir de boca: de algunas semanas acá, todo es sombra, misterio...

Háblese claro de una vez. Dígase quién se opone á la Unión y por qué. Todo menos continuar en este embrollo, que está deteniendo otras iniciativas.

«Creo que la Unión está ya muerta en el claustro materno... de sus tíos; pero si me equivoco, y por milagro viese la luz, con ayuda del forceps, nacería sin condiciones de viabilidad.

«Esto no obstante, aguardaré una semana más, antes de decir sin ambajas lo que pienso. Como únicamente me guía el deseo de ver si nos ponemos en condiciones de hacer algo, me alegraría que los republicanos de más autoridad fuesen los que lo consiguieran, en bien de la idea que todos perseguimos.

UNA CLAVE

Aunque, bien mirado, nadie tiene necesidad de hablar, después de lo que he dicho Azcarate en una conferencia dada en Toledo: Azcarate, el autor del programa.

Dijo: «que podría llevarse á cabo la Unión Nacional republicana, cuando los jefes y los partidos de las distintas fracciones comprendieran sus respectivos derechos y deberes.»

Lo cual equivale á esta afirmación: «Si la Unión está hecha, ni hay siquiera posibilidad de que se haga.»

Y se explicita que así sea. Cuando se tiene el poco patriotismo, (igual los hombres que los partidos), de hacer valer derechos, debiendo limitarse únicamente á cumplir deberes;

Cuando la preocupación de que triunfe mañana ésta ó aquella tendencia, se antepone á la necesidad de unirse hoy, sin condiciones, para avanzar resuelta y desembarazadamente por el camino que las circunstancias indiquen;

Cuando en tiquis miquis de programas inútiles se pierde el tiempo que debería emplearse en preparar acciones provechosas;

Cuando el ridículo afán de decirle al país lo que se hará mañana si viene la República, impide concertarse hoy para la ejecución de actos que la garanticen el cumplimiento de lo que se le promete;

Cuando en discutir si ha de darse mayor ó menor extensión á una reforma, (pues en hacerla todos están conformes) se emplean meses y meses, sin lograr siquiera ponerse de acuerdo;

«¿Quién va á creer, aunque la Unión se dé al fin por hecha, que hombres tan pacatos, tan irresolutos, servirán en ningún caso para llevar á la práctica lo que ofrecen, con la energía y la rapidez que en los períodos revolucionarios aseguran el éxito?

Pero en lo que hay que insistir, es en eso de los derechos y los deberes, porque ahí está una de las claves de lo que viene ocurriendo.

«Ante los males de la patria y la necesidad de remediarlos; ante la labor negativa de un cuarto de siglo; ante la gran mesura empleada siempre que ha habido necesidad de hacer algún sacrificio, los hombres importantes del republicanismo sólo tienen derecho... á cumplir con su deber. Y hablar de otros derechos en estos instantes, más bien acusa deseos de dificultar la Unión, que previsión digna de aplauso.

«Derechos! ¿Quién los tiene entre nosotros? ¿Dónde los ha adquirido? ¿En qué se

fundan? Y respecto á los partidos, ¿cuál de ellos los tiene, por haber sabido poner la idea republicana sobre los mezquinos intereses de bandera?

«Se comprendería que hombres y partidos reclamasen el derecho á ser los primeros en el sacrificio; que ninguno consintiese que otro se le pusiera delante en el momento de la lucha; que todos se anticipasen en la hora de las abnegaciones. ¡Pero que los reclamen por sacar á flote un principio de su credo, ó una personalidad de su camarilla! Esto no tiene nombre sino en el diccionario de las cosas chicas y vulgares.

«Desde que supe que la Unión iba á discutir un programa, lo dije: «No hay Unión.» Y así ha resultado. En el momento que se pusieron á discutir lo que debería hacerse mañana, se creyeron relevados de trabajar en lo de hoy; que es de lo único que debe tratarse, la única senda que hay que seguir, lo que el pueblo quiere, lo que el honor exige, lo que el deber ordena.

La rutina legendaria

«Por qué la unión de hoy, como la fusión de ayer, como la coalición de anteaer, han resultado fallidas en la práctica? Por esto; por el afán de legislar para una República que no sabemos cómo ni cuándo ha de implantarse.

«Si, por el contrario, nos hubiéramos congregado para pensar en algo exclusivamente, en el cuándo y el cómo, ¿quién duda que no nos veríamos cómo nos vemos?

«Confía ya en que esta vez, por el estado del país y por las enseñanzas de la experiencia, se hubieran reunido los republicanos, y el encargado de llevar la voz cantante, hubiera dicho:

«No sé, ni quiero saber, ni me importa saber, cómo piensa ninguno de los que aquí estamos en cuestión de principios, ni qué soluciones acaricia y guarda para después del triunfo. Asunto es éste que no puede determinarse con anticipación, porque ¿quién sabe á donde nos llevarían los acontecimientos?

«Lo único que nos interesa á todos, es ponernos de acuerdo para anticipar la llegada de ese día, y, al efecto, debemos ocuparnos exclusivamente del antes, dejando á las circunstancias la honra de servir al después.

«Pensar que porque nosotros elaboremos un programa perfecto y lo ofrezcamos al país, éste va á ponerse á nuestro lado, sería una candidez impropia de hombres que presumen de sentido común; los movimientos revolucionarios son siempre obra de una pequeña minoría, y el país los secunda siempre, á reserva de protestar más adelante, si ve que no responden á lo que de ellos esperaba, ó advierte vacilaciones y cobardías en los que los iniciaron.

«Perderíamos, por lo tanto, el tiempo en discutir lo que nos divide, los programas, relegando á segundo término lo que nos une, el deseo de que la República triunfe. Vamos, pues, á tratar de esto exclusivamente.»

«Y quién duda de que, si alguien habla así, todos le habrían aplaudido y secundado, y el que no, hubiera tenido que hacer mutis por el foro?

Pero esto de apelar al clásico y desacreditado procedimiento de escribir unas Bases, discutir las y aprobarlas; confeccionar después un programa, y, en el caso de ser aprobado, nombrar un organismo superior que redacte un Manifiesto, ofreciendo en él una porción de cosas que no tenemos la seguridad de cumplir, esto, francamente, no sólo es ineficaz, sino ridículo.

Y partido que cae por el ridículo, es difícil que vuelva á levantarse.

LOS PROGRAMAS

«Si la República acudiera tranquila, sosegadamente, coronada de laurel y rosas, con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, al llamamiento que los republicanos le hiciéramos para salvar la patria; y los monárquicos, convencidos de que era necesaria, le dejaran el paso libre ya que por natural rubor no se colocaran desde luego á su lado para defenderla y servirla, acaso, acaso, aun cuando no estoy muy seguro de ello, pudiera tenerse trazado el programa de lo que debía hacer.

Pero como, ó mucho me engaño, ó va á ser preciso traerla violentamente, porque la noble matrona no parece dispuesta á venir de otro modo, ¿para qué sirven los programas?

«La República, ó no viene, ó viene traída por la revolución. ¡Y no parece sino que las revoluciones siguen el camino que se les traza, que obedecen al bíblico mandato «de aquí no pasarás»; que maniobran como un regimiento á la voz de su coronel; y que basta que unos cuantos señores le digan,

«esto has de hacer!» para que hagan aquello. ¡Es que hay quien cree que los programas quitan el miedo á las clases cuyos privilegios hay que derrocar y á los organismos que debemos suprimir?

No, no puede ser que haya quien lo crea; revelaría una imbecilidad inconcebible. Mejor supondría yo que quien tal digiere, trataba sólo de ocultar así el propio miedo.

«Convencen siquiera al país los programas? No; que harto sabe, por habérselo enseñado la experiencia, que suelen hacer más los políticos que menos ofrecen; y respecto á los republicanos, está ya cansado de vernos soltar un programita cada vez que nos reunimos media docena, aunque sea para almorzar.

Y si los programas no sirven para detener el curso de las revoluciones, ni para engañar á nadie, ¿qué lanzarlos?

Mas que un papel mojado, inspiraría confianza al país el ver un núcleo de hombres de talento, pero sobre todo de voluntad y de energía, haciendo hoy algo que le autorizara para decir: «esos irán mañana á donde haya que ir.»

«Hombres, hombres! esto es lo que las ideas necesitan para imponerse y los pueblos para salvarse. No programas que jamás se aplican, porque los movimientos revolucionarios, y más en países que han llegado á caer tan bajo como el nuestro, siempre van más allá de donde piensan los mismos que los impulsan.

Pero no será intransigente. Admito un programa. Uno en que se consigne, no lo que se haría si viniese la República, sino lo que no se haría. Uno que dijera, por ejemplo:

«No transigiremos con una injusticia, ni mantendremos un privilegio.»

Y esto, tan sencillo, diría más que cuanto puedan escribir veinte Azcarates en cien años.

«Que esto sería la obscuridad, el caos? Indudablemente. Pero es que no tenemos confianza en que nuestros principios, por su propia virtualidad, iluminen ese caos y esas tinieblas? Entonces ¿de qué estamos tratando? ¿quién pretendemos engañar? ¿para qué servimos? ¿á dónde vamos?

LA OLA AVANZA

La obra clerical prospera en Cataluña, cada vez más avasalladora, cada vez más exigente y abusiva. Infinitos son los casos que á diario denuncia la prensa, aun la menos independiente, relatando los trabajos de zapa que vienen ejecutando, los que han justificado el nombre que las naciones extranjeras dan á la nuestra, de España negra.

Por todas partes surgen conventos lujosísimamente contruidos, en situación inmejorable, en condiciones no sólo de finca de recreo, sino hasta de fortaleza, en los cuales se albergan buen número de hombres y mujeres que han resuelto el problema de vivir tranquila y sosegadamente á costa del prójimo, sin preocuparse del mañana, sin tener que refirir con el Fisco, sin ninguna de las infinitas vejaciones y molestias á que están expuestos los ciudadanos.

Su labor es clara y definida: acapararlo todo para vivir sobre todos. Y á fe que lo consiguen cumplidamente, gracias á la protección que los dispensan los gobiernos de la Restauración; á la hipotecaria, que es la tónica de la impasible clase media; y al especial estado de ánimo de las clases obreras, las más perjudicadas por la obra de los clericales.

La ola clerical va avanzando é inundándolo todo, sintiéndose su influjo en todos los órdenes de la vida; no contentos con acaparar la beneficencia—en provecho propio exclusivamente—van infiltrándose en todas las manifestaciones de la actividad humana, pero no para sumarse á ellas, uniendo su esfuerzo al de los demás con objeto progresivo, sino para monopolizarlo y explotarlo de un modo egoísta y sordido.

Son infinitas las órdenes, más ó menos monásticas, que han instalado industrias en sus conventos, convirtiéndolos en centros manufactureros, que hacen ruinosos competencia á los pequeños industriales, gracias á las franquicias de que gozan por parte del Estado, de la privanza y del municipio. En muchas poblaciones han logrado acaparar gran número de pequeñas industrias, arruinando á modestos obreros, que habían conseguido emanciparse de los patronos y hacerse una posición independiente. Los talleres de bordadoras, planchadoras, costureras de ropa blanca y otros similares se hallan hoy sin trabajo alguno, debido á la competencia irresistible que les hacen las comunidades, que explotando á los infelices que recojen en sus conventos, han bajado hasta lo inverosímil el precio de la mano de obra.

Y lo mismo, ó peor, ocurre en el ramo de enseñanza: las comunidades, por condescendencias del Estado, se han convertido en maestras y maestras de la juventud, haciendo imposible que puedan seguir dedicándose á la carrera los que tras no pocos gastos y estudios consiguieron el título académico, que el Estado no exige á las comunidades.

Cada día son más los colegios que se cierran, por no poder resistir la competencia clerical, y al mismo compás aumentan las comunidades que se improvisan para dedi-

carse á la enseñanza. En su afán para acapararlo todo, después de haber conseguido acaparar los grandes colegios, se dedican á las pequeñas escuelas de los pueblos rurales, si en ellos presumen que pueden hacer negocio, dejando á los profesores tan solo los villorrios de la montaña, en los cuales la vida del maestro es poco menos que imposible.

(La Publicidad, de Barcelona.)

UN INFANTICIDIO

El día 13 del actual apareció en la huera adosada á la iglesia parroquial de pueblo de Rucandio, el cadáver de una niña recién nacida.

«¿Quién, sino algún impío sin Dios ni ley, educado en escuela laica, y por de contado masón, podía haber sido autor de tan terrible crimen?

El juez de instrucción del partido dióse á buscar á la fiera, secundado por el teniente de la Guardia civil del puesto de Oña, y, efectivamente, ya están en la cárcel de Briviesca don Silverio Cuevas Lorente, de 36 años de edad, y Benita Saiz Fernández, agraciada joven de 20, natural de Bañuelos del Ruchón.

De la autopsia practicada resulta que la pobre criaturita murió por estrangulación, cosa que ambos reos confiesan, si bien cada cual echa la culpa al otro, con detalles del más puro y repugnante realismo.

Conforme se van conociendo los detalles, el público se indigna y recuerda lo ocurrido hace unos once años con el cura de Zangandé y su ama.

(Un paréntesis. Dispénsenme mis lectores el que se me haya olvidado indicar que el Cuevas es párroco de Rucandio, y la Benita, su ama.)

Cada vez que un clérigo comete un acto de éstos (y ocurre con mucha frecuencia) no es el acto en sí lo que me preocupa, sino lo siguiente:

«¿Cómo Dios, que lo ve todo, y lo sabe todo, ha bajado diariamente á las manos de ese ministro suyo, desde que cometió el crimen hasta que lo han metido en la cárcel?

«¿Para cuándo guarda los rayos de su santa ira, si no los asesta contra ese cura desnaturalizado, que ahoga á un ser inocente á quien él mismo dió vida?

«¿Los reserva acaso para pulverizar al que, como yo, se permita mezclar pescado con carne en día de vigilia ó declarar noblemente que no le cabe en el cerebro eso de que tres sean uno, y uno sean tres?

«Esto es lo que me preocupa, como he dicho; no el acto en sí, pues siempre estuvo convencido de que la religión no es un freno.

CRÓNICA

LA PAZ Y LA GUERRA

No puede negarse que Francia é Inglaterra son dos grandes naciones que se hallan hoy al frente de la civilización europea y que han de influir mucho en el porvenir de la humanidad.

La primera celebra actualmente en su capital una hermosa fiesta en honor de la industria, del trabajo y de la paz.

La segunda está empeñada en una contienda á que la llevó su insaciable afán de dominio y su codicia inveterada, que han excitado ahora sindicatos explotadores, influyentes en las esferas gubernamentales.

Francia con su Exposición persigue un ideal beneficioso á toda la humanidad; Inglaterra con sus soldados quiere satisfacer una ambición particular.

La dirección de estos dos movimientos, uno de paz y de trabajo, y otro de guerra y de pillaje, está encomendada á dos hombres: en Francia al ministro Millerand, y en Inglaterra al general Roberts. Uno y otro han hablado; éste desde el campamento de la guerra del Transvaal, aquél desde el recinto de la paz en la Exposición Universal de París.

El general inglés, con la espada exterminadora en una mano y con la enseña de percalina que ha de ondear en el terreno conquistado en la otra, alza la voz y exclama con la unción de un creyente de la antigüedad, con el fervor del sectario de un régimen político:

«Gracias á la ayuda de Dios y al valor de los soldados de la reina, las tropas que mando han tomado posesión de Bloemfontein.»

«La bandera británica ondea en el palacio de la presidencia, abandonado ayer tarde por Steyn, antiguo presidente del Estado de Orange.»

Así han hablado, invocando el nombre de Dios y de los reyes, todos los usurpadores de la tierra, todos los que han pretendido detentar la libertad de los hombres, vulnerar las leyes de la naturaleza y atropellar la razón humana.

El ministro francés habló también con motivo de la apertura de la Exposición; sus palabras han dado á estas fechas la vuelta al

mundo civilizado en alas de la prensa europea. Su discurso es un himno inspirado y elocuente en loor del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad, como más eficaces medios para conseguir y perpetuar el progreso humano.

He aquí unos párrafos:

«La máquina—dijo—ha llegado á ser la reina del mundo y reemplaza á los obreros, de los que hace sus auxiliares, multiplicando las relaciones entre la producción y el consumo.

«Avanzamos con paso rápido hacia un porvenir mejor. ¿Quién podrá dudarlo? La misma muerte retrocede ante la marcha victoriosa del espíritu humano. La medicina y la cirugía progresan gracias á las adivinaciones del genio.

«Pero la ciencia rinde aún al hombre un servicio más señalado, revelándole el secreto de la grandeza material y moral de las sociedades. Esta grandeza puede sintetizarse en una palabra: Solidaridad. De ella son señales y fulguraciones las instituciones de previsión, de asistencia y de socorro, los sindicatos y agrupaciones de todo género destinados á reunir en un haz resistente á las debilidades individuales.

«Este sentimiento de solidaridad humana se dirige á atenuar en el seno de cada nación las desigualdades sorprendentes que arrancan de la naturaleza ó del régimen social; se propone unir en un lazo de fraternidad verdadera á los hijos de un mismo pueblo, sin que á pesar del predominio imperio de la raza, de la política y de la geografía se detenga en las fronteras.

«Los intereses, las ideas, los sentimientos se mezclan y se entrecruzan sobre toda la superficie del globo, como esos hilos ligeros que cruzan los aires y los mares por los que vuela el pensamiento humano.

«A medida que más fuertemente se enlazan las relaciones internacionales, la multiplicidad de las necesidades comunes de los pueblos y la facilidad de los cambios de sus productos, mayor razón tenemos para esperar que vendrá un día en que el mundo no conocerá otras rivalidades que las fecundas de la paz, ni otras luchas que las de la producción.

«Trabajo nivelador y sagrado, tú eres quien ennobleces, tú quien consuelas, tú quien remedia todas las desdichas! Ante tus pasos la ignorancia se disipa y el mal huye! Por ti la humanidad se libra de las servidumbres! ¡La noche cae que la humanidad ha vivido, sube, sube sin cesar hacia esa región luminosa y serena en que debe un día realizarse la ideal y perfecta concordia del poder, de la justicia y la bondad!»

Así es como hablan los hombres del presente que tienden la vista hacia el porvenir. Así como deben expresarse los hombres políticos que se hallan al frente de los cargos públicos, desde donde se rigen los destinos de las naciones, cuando se inspiran en altos y nobles ideales, rinden culto á la verdad y á la razón y desean ilustrar á los pueblos para que aprendan el camino por el que se llega á la emancipación de la conciencia de los errores seculares que la tienen subyugada al fanatismo, y para que consigan redimirse de los abusos, injusticias y absurdos del presente régimen social que tiene detenidos los derechos que la naturaleza da á la personalidad humana.

«Si, es ya hora de que á los pueblos se les hable con el lenguaje de la razón y de la verdad; que no se invoquen á cada momento y para todo poderes sobrenaturales; que no se les haga confiar en dones providenciales, ni cifrar esperanzas en bienes que hayan de venirles de otra parte que de sí mismos, ni por otros medios que por su propio esfuerzo.

El inglés Roberts, sin prescindir de su carácter de militar y conquistador, hablando en nombre de su Dios y de su reina, como cualquier guerrero de la Edad Media, para patentizar un despojo y un atropello á mano armada, da muestras de ser un hombre incapaz de conocer la época en que vive y pone en evidencia á su país.

El francés Millerand, prescindiendo de su discurso, no obstante su cargo oficial, de convencionalismos gubernamentales, de doctrinarios de escuela y de partido, y de creencias é ideas ultraterrenales para preconizar la industria, la ciencia y la solidaridad humana como únicos elementos de progreso y perfección, ha probado que es un hombre digno del siglo en que vive y que honra al país en que nació.

Pero esa diferencia de ideas y de lenguaje, no debe extrañar, después de todo, si se observa la situación en que ambos están colocados.

Inglaterra siente ahora, como siempre, sed de oro y de territorios, y su generalísimo Roberts habla en nombre de la guerra y el pillaje.

Francia tiene afán de civilización y de progreso, y su ministro Millerand habla en nombre de la paz y del trabajo.

De desear es que en esas contiendas sea que de una parte luchan la barbarie y el absurdo y de otra la ciencia y la razón, el triunfo sea de estas últimas.

JOSÉ CINTORA

EL GRAN TACAÑO

El administrador de «El Siglo Futuro», señor Noriega, anda por ahí solicitando de sus conocidos alguna ocupación en las horas que su cargo en el periódico le deja libres, ó bien cualquier empleo medianamente retribuido para irse de «El Siglo Futuro», porque el infeliz se muere de hambre, no puede vivir con el mequino sueldo que le da Necedal, ¡dóce duros! al mes por un trabajo ímprobo y de responsabilidad.

«Sépan los no iniciados en las intimidades íntimas, que ese buen señor Noriega es una persona dignísima á quien Necedal debiera mirar con profundo respeto, estándole además muy obligado.

Noriega fué un carlista de los pundonorosos. que en aras de su partido sacrificó una carrera militar brillante, siendo ya capitán graduado en nuestro ejército. Concluida la guerra no quiso volver al servicio de instituciones que rechazaba su conciencia, y prefirió vivir pobremente y sin sueldo, con el trabajo honrado de sus manos. Si esto es honor y dignidad, si merece ó no todas las consideraciones, díganlo cuantos en «El Siglo

tos lugares, de donde á veces descienden á poblado para predicar á las gentes sencillas una porción de desatinos brutales, recibir homenajes y robar algo si se ofrece.

Los hay disciplinados, curanderos, estáticos, iluminados, no importa por qué espíritu ó sustancia espiritiosa, andariegos, solitarios, predicadores, escapados de presidio, propagandistas, profetas, ladrones y de otras muchas clases, sin excluir la de pesca-mozas y la de pederastas proféticos.

Se ha observado que todos dejan rastro de piojos y de admiradores, y que á ninguno, absolutamente á ninguno, se le ha visto trabajar.

Fechorías de estos santos canallas astrosos podríamos citar muchas, clasificándolas por mandamientos, sobre todo de el sexto y séptimo; y aún de los menos miserables aduciríamos enseñanzas heréticas, propagandas embrutecedoras y extravagancias dignas de la casa de Orates, sino supiéramos que todo es inútil ahora, y que esa plaga de far-santes místicos es epidemia propia de épocas de hipocresía y decadencia.

Cada pelele de esos representa un caso de infección contraída en la atmósfera, como cada señorita necia que se hace monja es otro caso del contagio ascético: se respira eso en toda la atmósfera de nuestra tierra, invadida por la langosta frailuna, y, es claro, por cada caso de estos se dan cuatro de bribonazos, tanto españoles como extranjeros, que vienen de muchas partes, sin exceptuar el presidio, á darse la *rita bona*, y librarse de la policía, que, aunque los conozca, no se atreve con ellos en cuanto los ve con el traje del buen ladrón.

Recetamos contra semejante plaga el uso de las oraciones de fresno ó acebuche, la intercesión de San Vergajo bendito y las peladillas místicas de David, que tanto abundan en el cauce de todo río.

Existe otro recurso de éxito seguro: en cuanto aparezca un mamarracho de esos, dejarle solo, y es segura su desaparición.

SIEMPRE IGUAL

A los que dicen que la religión es inmutable, les contestaré que más lo son sus ministros.

Léase, en prueba de ello, el siguiente canto compuesto por el trovador G. de Figueras y que traduce Villemain en la lección sexta de su *Cuadro de la literatura en la Edad Media*:

«Quiero hacer un *sirvente* en el tono que me es propio; no quiero aplazarlo. Sé que me malquistará con alguien, porque hago un *sirvente* acerca de esos falsarios llenos de engaños, acerca de Roma, que es el jefe de la decadencia en que se pierde todo bien.

»Roma, no me admiro si el mundo está sumido en el error, puesto que tú has puesto al siglo en trabajo y en guerra... Roma falaz, reina y raíz de todos los males...

»Roma falaz; la codicia te extravió; esquilas demasiado á tus ovejas...

»Roma, tú roes la carne y los huesos á los tontos, y conduces á los ciegos contigo á la fosa... Tu codicia es tan grande, que perdonas los pecados por dinero.

»Roma, en mal hora reinas; que Dios te arruine, porque tan falsamente reinas por el dinero.

»Roma, sabemos muy bien que por medio del engaño de falsas indulgencias entregaste á la desgracia á los barones de Francia.

»Roma, haces poco daño á los Sarracenos; pero á los Latinos y á los Griegos los atacas á muerte. Roma, tu sitio es en el fuego del abismo.

»Roma, yo distingo bien los males que no se pueden decir, porque tú haces por irritación el martirio de los cristianos. Pero ¿en qué libro encuentras tú, Roma, que se deba matar á los cristianos?

»Roma, es tan grande tu maldad, que desprecias á Dios y á sus santos; todo tu reinado es malo, Roma falsa y engañadora...

»Roma, muchas veces se ha oído decir que tienes la cabeza vacía, porque la haces trasquilár con frecuencia; por esto creo que no te vendría mal un poco de seso, porque así de mal gobierno tú y Citeaux, según la extraña carnicería que hicisteis en Béziers.

»Roma, tú tiendes tus redes con tus atractivos engañosos... Tienes aspecto de cordero; por dentro eres símbolo rabioso, serpiente coronada, engendradora por horas; por esto el diablo te llama su criatura.»

Pasan los siglos, y los que se ocupan de la Roma Vaticana, le aplican iguales conceptos que el autor de ese *sirvente*.

¿Qué prueba esto? Lo inmutable de sus propósitos en punto á chupar hasta la última gota de sangre de los pueblos enjertos á su dominio.

Realmente no deberíamos quejarnos del mucho dinero que saca hoy de España.

¡Siempre ha hecho lo mismo!

Propaganda carlista

Anda por la provincia de Toledo un tal José Ortiz Falcón, empleado que fué del Banco, borrachín y mujeriego, predicando las excelencias del carlismo, motivo por el cual lo elogió á cada paso el periódico oficial de *Chapa y La Semana Católica*.

Para mejor embaucar á los imbéciles, lleva una casulla compuesta de dos felpudos, duerme sobre una estera, gasta cilicio, con-

fiesa, comulga y se rasca, carga con una cruz de hierro de dos metros que ostenta un cartelón como esos que pregonan relaciones de crímenes horrendos, y dice que no come.

Todo esto, como es consiguiente, admira á las pías de animales bautizados que lo ven, y hasta hay curas que lo elogian, lo recomiendan y lo obsequian, según dice en los periódicos *retreteros* un fray J. de San Antonio, carcunda del género fusilable; siendo de advertir que los franciscanos de Consuegra, súbditos del mamarracho que deshonra á Venecia, son los que más le protegen y jalean.

Lo más deplorable aquí no es que ese canalleja del felpudo admire á tanto zambombo de ambos sexos, civil y eclesiástico; sino que las autoridades de la provincia, gobernador, jueces y alcaldes, no lo hayan trincado ya y puesto á la sombra por embaucador y carcunda.

Pero aquí está visto; para cometer impunemente todo género de fechorías, no hay como colocarse sobre la piel un manto religioso, aunque sea de espanto al natural.

El día que caigan en ello los saltadores de caminos, y lo adopten, que se rían de la guardia civil.

Sin dinero no hay cielo

Muere en Casa Vieja (Avila) un niño procedente de la Inclusa de Madrid; se le comunica al párroco, y éste se niega á enterrarlo, si no le pagan por adelantado los derechos.

La nodriza carece de recursos, y entonces el cura, conmovido, se digna entregarle la llave del cementerio para que ella cave, abra el hoyo y eche dentro el cuerpecito del infeliz.

¿Y pensar que ese mismo cura se hubiese desgastado berreando, si le sueltan un par de pesetillas en perras!

Que le vayan con la canción de que es obra de misericordia la de enterrar los muertos, y se come vivo á quien se lo diga.

Y, bien mirado, tiene razón ese cura. ¿Para qué ha seguido él una carrera sino para vivir de la mejor manera posible? ¿Tiene acaso la culpa de que los estúpidos consideren misión sagrada, lo que para él es un medio de buscarse con poco trabajo los garbanzos, el pan, el vino, la carne, los zapatos, la ropa blanca, los pantalones, la levita, el manto, etc., etc., amén del tabaco y otros gasillos que no pueden decirse?

Claro es que no produce buen efecto el ver á una nodriza, que en ocasiones reemplaza ventajosamente á la madre, abriendo un hoyo, que moja con sus lágrimas, para enterrar al desgraciado angelito que no tuvo en el mundo más cariño que el que ella le dió; y todo por carecer de unas pesetas, que acaso se habría gastado en medicinas para ver si lo salvaba.

»Pero no hubiera sido también absurdo el ver al buen párroco, por si Cristo dijo ó no dijo que amaba á los pobres, separarse de su ama ó su sobrina, y tomar el camino del cementerio para acompañar á un cadáver que no iba á darle ni honra ni provecho?

Hay que ponerse siempre en la razón.

Una joven de Valladolid murió por un accidente impremeditado, y no sé si el arzobispo, ó qué autoridad eclesiástica, sospechando que podía haberse suicidado, prohibió que se le hicieran los sufragios que la apenada familia deseaba, y eso que la joven había confesado y comulgado el día anterior.

La Iglesia, madre amantísima, unió á su terrible dolor ese otro, sin duda para que no resultase una frase vana aquella de: *Bienaventurados los que lloran*.

Consuélese, sin embargo, los pobres padres de esa infortunada joven, pensando en que, si Dios existiese, sería menos cruel con su desgracia que esos llamados ministros suyos, entre los cuales hay algunos, como el de Rucandio, que deben estar convencidos de que Dios no existe, cuando asesinan á una pobre niña, hija suya, apenas acabada de nacer.

Pues si creyeran que existía, ¿cómo habrían de cometer esos crímenes monstruosos?

El monaquismo sin careta

¿Qué ha sido (en el siglo xv) del ideal de los San Bernardos, de los San Anselmos, de los San Franciscos? La realidad corresponde al ideal en un sólo punto, el desprecio de la ciencia. «La principal devoción de los frailes, dice Erasmo, es no saber nada, ni aun leer.» ¿Qué ha sido de la perfección cristiana en el seno de las órdenes monásticas? Gerson responderá por nosotros: «Las religiones ficticias de los frailes, lejos de conducir á la perfección, son con mucha frecuencia un estado de imperfección.» ¿Cuál es la imperfección de que tan amargamente se queja el gran canciller? Por todas partes se elevan voces contra los nuevos Pariseos. Los testimonios son tan abundantes que hay que escoger. Citaremos algunos rasgos del cuadro trazado por un escritor que vió la hipocresía de cerca, puesto que fué secretario de varios papas. «Se os llama comediantes, dice Leonardo Aretno dirigiéndose á los frailes, y se os hace favor, porque sois peores que los histriones; éstos se ponen una máscara para divertir á los espectadores: vosotros lleváis la máscara de la virtud para la ruina de los fieles; los actores representan sus farsas en un lugar profano; vosotros mancháis el santuario de los templos... Vuestra hipocresía crece en proporción de vuestra pretensión á la perfección; sepulcros blanqueados, brillan por fuera; ¡miradlos por dentro y

EL MOTIN

no hallaréis más que podredumbre!... Ved esos humildes, con la mirada apagada, los ojos bajos; los tomaríais por santos; pero si los ofendéis en la menor cosa, su cólera y su furor estallan; los creéisais Agamenones, Aquiles ó otro héroe cualquiera de los más irascibles y orgullosos.»

Despojemos á la hipocresía de su máscara; ¿qué quedará? Clemangis nos lo dice: «Los frailes han prometido renunciar al mundo, á fin de no ocuparse más que de la contemplación de las cosas celestiales; han prometido ser modelos de castidad, de obediencia, de pobreza. Pero su vida es completamente contraria á sus votos; tanto no han renunciado al mundo, que se les encuentra en todas partes menos en sus celdas; se mezclan en todo, excepto en la observancia de su regla; la abdicación de la propiedad se ha convertido en avaricia; la continencia se ha trocado en desenfreno. No son monjes más que por el hábito.» Su vida contrasta con el nombre que llevan: «No hay gentes, dice Erasmo, que tengan menos *religión* que los que hoy se llaman *religiosos*; y puesto que *monje* significa *solitario*, ¿á quién puede convenir peor ese nombre que á hombres á quienes se ve en todas partes?» La vida espiritual no es más que una ficción; no difiere en nada de la vida secular; Gerson lo dice: «Los clérigos no tienen más que un afán, el amor del dinero y la ambición de los honores temporales: en lugar de la regla de San Benito, siguen el precepto de Horacio; *¡la riqueza ante todo, la virtud después de los escudos!*»

¿He aquí á dónde conduce el ideal de la perfección cristiana! Los frailes no tenían de la vida espiritual más que el exterior; bajo esta apariencia de espiritualidad ocultaban todas las pasiones de los laicos; los espirituales eran lo mismo que los seculares; con un vicio más: la hipocresía. Entonces ¿para qué los frailes?

F. LAURENT

EL INCENDIO

«¡Favor! ¡Socorro!» gritaba en medio de la agonía, un infeliz que veía que su casa se quemaba.

Puesto en medio de la calle, sus voces al viento dió, y al cabo sólo se halló como en un desierto valle.

Viendo, pues, que no acudía á socorrerle ninguno, fué despertando uno á uno los vecinos que tenía.

Suplicó, pero fué en vano, ninguno se levantaba, y en tanto el fuego avanzaba, más destructor é inhumano.

Llegó al vecino primero, y socorro demandó, pero éste le contestó con ademán altanero:

—«Viene usted á incomodarme á deshora, señor mío!

¿No ve que hace mucho frío, y no quiero levantarme?

—«¿Que mi casa se me quemá!

¿No le he dicho, que indigesto respondía:

—«Me gusta, por Dios, la flema!

Idos, que me causais tedio;

¿conque vuestro hogar se abrasa?

Cuando se quema una casa,

apagarla es buen remedio.

Fué al tercero, que inhumano su aguda pena insultó.

A otros vecinos llamó, mas también los llamó en vano.

Porque cada cual decía:

—«Yo, por qué me he de mover?

Nada tengo que temer,

si no se me quema la mía.

Mas luego, arrojando el viento,

la llama voraz creció y á otras cosas se extendió,

para buscar su alimento.

Lleno de asombro y sin tino,

viendo el peligro inminente,

acude muy diligente éste y el otro vecino.

Con arrogancia altanera el fuego intentan cortar,

cuando ya todo el lugar presa de las llamas era.

Todos entonces á porfía sus esfuerzos redoblaron,

pero apagar no lograron la llama voraz é impía.

Pues en tan duros azares del viento á impulsos corriendo

fué en cenizas convirtiendo aquellos tristes hogares.

Del pueblo es obligación,

si se veja á un ciudadano,

reprimir con fuerte mano la insolente vejación;

Que si en necia confianza

deja que se extienda el mal,

la misma suerte fatal

luego á todo el pueblo alcanza.

X.

Con objeto de oír el sermón del Descendimiento que había de predicarse en Santa María de Melias (Orense), varias personas de una parroquia inmediata cruzaron el Miño en una dorna del país.

La embarcación volcó, los pasajeros cayeron al agua, salvándose todos, excepto una joven de 20 años, que se sumergió, sin que se la volviera á ver.

Si la intención salva, esa joven debe de estar ya en la bienaventuranza eterna.

—«Cien francos?... Creí entender que me daría usted ciento veinticinco.

—Pues entiendo usted mal. ¿Ciento veinticinco francos por un pagaré de doscientos? ¿Por quién me ha tomado usted?

—No hay que enfadarse, señor Sigolois. Vengan los cien francos... Mil gracias. Ya sabe usted que des le hoy puede contar con mi eterna gratitud.

II

—¿Qué te ocurre, Balthazar?

—¿A mí?... Nada.

—Señor Balthazar, está usted cabizbajo y pensativo. Un día dos: ¿o piensa suicidarse ó proyecta escribir algún drama histórico.

—Os aseguro que...

—Es inútil que trates de engañarnos. Tenemos pruebas indudables de tu preocupación. Tu vaso está lleno, tus sonrisas son forzadas, tus ojos nos miran con expresión de imbecilidad. Propongo que Balthazar nos explique su extraña conducta.

—¿Que la explique! ¿Que la explique!

—Pues bien... tengo motivos para estar preocupado. El viernes he de recoger un pagaré de doscientos francos, y me faltan cincuenta para completar esa suma.

—¿Y ese es el único motivo de tu melancolía?

—Os parece poco?

—Señores, ¡compadezcamos á Balthazar, que es la debilidad personificada!

—Mejor sería que me prestáseis los cincuenta francos.

—No nos insultes suponiendo que podemos reunir esa fabulosa cantidad.

—¿De veras?

—De veras, es decir, te salvaré yo, que conozco á un usurero que te proporcionará, gracias á mi eficaz recomendación, la suma que necesitas.

—Oh, amigo mío, cuánto te agradezco!

—Espera un poco... Es preciso que te diga las condiciones.

—Eso es lo de menos. Vámonos cuanto antes á casa del prestamista.

—Vamos andando.

—No, montaremos en un coche para no perder tiempo.

III

—Con que ¿qué te ha parecido mi usurero?

—Una buena persona... muy amable...

—Lleva caro...

—En efecto, mil francos por cuatrocientos...

Pero ¿no importa!

—Así me gustas, Balthazar. Eres un hombre.

—Salgo del apuro, que es lo más importante para mí, y me sobran cerca de trescientos cincuenta francos. Quiero demostrarte mi agradecimiento.

—¿Acaso crees?...

—Creo que debemos almorzar juntos, y no admito disculpas.

—Bien, almorzaremos; pero modestamente ¿eh?

—Convenido.

IV

—¡Mozo!... Dos perdices trufadas.

—Balthazar, no seas loco... Hemos comido bastante.

—¡Silencio! Aquí mando yo.

—Eres un buen amigo, ¡á tu salud!

—¡A la tuya!... Ahora vamos á tomar una botella de Champagne.

—Pero, hombre...

—Déjame, déjame... ¡Almorzar sin Champagne!

—¡Sobre todo, el día que me has librado de un grave compromiso!...

—El Champagne es superior. Ya empiezo á ver de color de rosa todos los objetos que nos rodean.

—Si te parece tomaremos unas copitas de Chartreuse.

—¡Oh, el Chartreuse! ¡El mejor amigo de la buena digestión!

—Y unos habanos.

—¡Oh, los habanos!...

—¡Mira que hermoso día!... Parece que el sol nos ha mandado ese rayo que acaba de penetrar por la ventana para que nos invite á dar un paseo por las vertientes de Meudon.

—Una idea, amigo Balthazar... Se me ocurre una idea; tú nada tienes que hacer, ni yo tampoco. Vámonos á buscar á Irma.

—Justo, y á Blanccallor.

—¡Viva Blanccallor!

—¡Viva Irma!

V

—Esperen un poco, caballeros... Irma y yo necesitamos contemplar las novedades que se hallan expuestas en este escaparate.

—Son ustedes muy dueños de mirar lo que gustan.

—¿Sólo de mirar?... ¡Qué vestido tan elegante!

—¿Qué sombrilla tan preciosa!

—¿Qué abanicos tan caprichosos!

—Me llevaría á casa todo lo que hay aquí.

—Lo mismo digo yo.

—Harta carga de estas indirectas, Balthazar.

—Balthazar, regláme un traje como ese.

—Y á mí otro.

—Una sombrilla.

—Y otra á mí.

—¿Estáis locos?... En fin, os haré un regalo á cada uno... Entremos.

VI

—¿Qué te sucede, Balthazar?... Te encuentro tan triste como ayer por la mañana.

—¡Oh! Me encuentro en situación muchísimo peor.

—¿Qué dices, hombre?

—Sí, muchísimo peor.

—Nos hemos comido todo el dinero que tenía al salir de la casa de tu usurero.

—¡Horror!... ¿Pero es verdad eso?

—¡Como lo oyes!... ¡Y el viernes tengo que recoger el pagaré de doscientos francos!

—¡Por vida del...! ¡Pues buena la hemos hecho! Pero no hay que entregarse á la desesperación. Conozco á otro prestamista.

—¿De veras?

—Sí, hombre, sí. Lo puedes pedir lo necesario para recoger los dos pagares.

—Y algo más para los gastos que se originen.

¿Crees que me daría dos mil francos?

—Creo que sí. La posición que ocupan tus padres es una garantía...

—Pues vamos allá... ¡Para, cochero!

VII

—¡Diantre!... Este usurero es un vampiro.

—Sí, se me olvidó decirte que era peor que el otro.

—Dar dos mil francos para cobrar cinco mil, es un negocio bonito... En fin, ya no hay que pensar en ello.

—Que no se te olvide apartar los mil doscientos francos que debes.

—Aquí están apartados. Vámonos á comer; te convidó.

—No me atrevo á rehusar, porque sé que te ofenderías.

VIII

—Vaya, Balthazar, no te apures. Ya sabes que soy tu mejor amigo.
—Ya lo sé.
—Y que no he de consentir que ese maldito Siglois te dé un grave disgusto. Afortunadamente soy rico...
—¿A otro usurero?
—Has acertado. Pero te advierto que éste... trabaja en mayor escala que los anteriores.
—Comprendido; pero qué remedio me queda? Dentro de cuarenta y ocho horas vence el primer pagaré, y no tengo un céntimo.
—Hemos hecho una colección de locuras desde el primer día que te presenté a mi usurero número uno. Yo he procurado contentarte, pero tu excesiva prodigalidad...
—Es inútil que pienses más en lo que no tiene remedio. Vamos a ver a ese individuo, que es lo que importa.

IX

Balthazar llegó a conocer seis usureros, y el último pagaré que firmó fue de veinticinco mil francos, a pesar de lo cual no pudo pagar el que Siglois le presentó el día 4.º de Agosto.
—Esas son las grandes ventajas que al hijo de una familia rica puede proporcionarle un amigo... verdadero.

PIERRE VERON

El hombre se llamaba Blas, tenía un borrico y vendía sal por las calles de Sevilla. Cayó enfermo, se defendió en pie mientras pudo, y por fin se dirigió al hospital de San Benito, donde van los ancianos.
Se negaron a admitirle, pero al enterarse las hermanas de la Caridad de que poseía un borrico, se apiadaron de él, le abrieron las puertas y se quedaron con el animal.
Siempre había sospechado que los burros tienen gran influencia entre los cléricos que no han olvidado del todo los afectos de familia.
Después de este ejemplo, lo creeré y lo afirmaré.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos. — 15 céntimos uno.
Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.
Para los suscriptores a EL MOTIN a 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.
Pueden pedirse sueltos.

Prohíbe el párroco de Coria del Río trabajar en Semana Santa a una compañía de cómicos profanos.
Lo obedecen, pero al llegar el miércoles santo se encuentran algunos con un hambre fenomenal, y acuden al párroco en demanda de algún socorro, que les niega.
A pesar de lo cual sube al púlpito y se desgañita elogiando la más bella de las virtudes, la caridad.
Y exclamarían los cómicos desdichados, si es que oyeron el sermón:
«¿Cómo hemos de prosperar nosotros, haciéndonos esta competencia tan terrible?»

EN CUENCA

¿Qué había de hacer el buen Santos, alcalde de Cuenca, si su cara mitad, aspirando a santa, ya que de nombre no lo era, le pidió que llevara a la ciudad dos frailes de la ganadería misionera? Obbedecerla mansamente.
Y allá fueron los misioneros, y el gallinero clerical alborotóse, y todo fue canto, rezo, jolgorio, especialmente en las madrugadas, cuando el rosario de la Aurora despertaba a los honrados, y sacaba de quicio a los que aullaban por las calles.
El día que las misioneras se marcharon, aquello fue el diluvio; burros de todas castas, vapores de todos colores, cuervos de todas las tintas, bajaron a despedirlos, entonando esta delicada copilla:
Señor misionero,
no se marcha usted,
que chicos y grandes
lloran por usted.
La sangre carlista que bulla en las venas de muchos de los habitantes de Cuenca desde que los bandidos del Chapá entraron allí el 74, hizo de las suyas.
¿Qué listima de soldados los que murieron por defender a Cuenca de los carlistas? Se refugio completamente estéril.

LA ROMA PONTIFICIA

Oraciones de varones célebres sobre ella:
Yo en el siglo XIV decía Álvaro Pelagio en su obra *Del Mar de la Iglesia*:
«Tienes van llevando su oro a la curia romana y mandado de ella plomo. (Aludía al de los sellos que cubren las bulas y al poco valor de las gracias a tanto precio vendidas) y más pesa el oro que se da por plomo, que el plomo mismo...»
«Pues llegan al Papa sin pagar; ninguno entra hoy allí en calidad de pobre; clamará, pero no será oído, porque no tiene que dar.»
«Mal conoce a Roma quien pretenda sanarla, dice el insigne teólogo y religioso dominico, fray Melchor Cano, obispo de Canarias, en su *Parere* al emperador Carlos V. Enferma de muchos años, entra la curia romana en sus huesos, su mal no sufre remedio.»
Y pocos siglos más adelante señala este remedio a las desdichas que nos causara: «...Que si por cambio, ni por otra manera, directa ni indirectamente, vagan dineros de los reinos de V. M. a Roma; es cosa muy justa.»
«Esta era el único universal del mundo cristiano, la curia de exacciones.»
«Su Luis, rey de Francia, había prohibido pagar tributos a Roma.»
«Bastante hizo embargo por el Estado, a instancia de las Cortes, todas las rentas y pensiones que se daban a la curia romana, y en todas partes había quejas de los obispos, del clero, de las

Corporaciones, Municipios, Cortes y Parlamentos contra el río de oro que salía de los pueblos para Roma.
Cuán grande y candaloso sería, lo demuestra un hecho citado por Melchor de Macanaz, en su *Informe al Consejo de Castilla* (1713). Habiendo estado interrumpido el comercio de Roma en España, cuando el rey permitió que fuese restablecido, los ministros avisaron asustados, que de sólo el arrobispado de Sevilla habían entrado en Roma, en dos meses, más de ochocientos mil ducados de oro!

Los papas habían ido introduciendo en todas las naciones los motivos más peregrinos de exacciones y gabelas exorbitantes. Paulo III fué el que logró deslizar en España las llamadas *reservas* ó destinos eclesiásticos que el Papa se reservaba proveer, gravar sus sueldos, y cobrar los que devengaban mientras permanecían vacantes.

Desde 1537 los Nuncios empezaron a ejercer jurisdicción y a cobrar muchas clases de exacciones. La enumeración de todas y su explicación ocuparía muy largo espacio, pero como una muestra, vayan aquí los nombres de las principales.

Roma cobraba enormes derechos de «annatas, quinquenos, bancarios, casaciones, fábrica de San Pedro, componendas, reducciones, revocaciones, regresos, expectativas, mandatos de proveer, coadjutorías, pensiones, caballerías, derechos de bendecir, salarios, angarias, procuraciones, equivalentes, propinas, comunes, minulos, servicios, espolios, vacantes, tercias, décimas, contribuciones honestas, socorros cristianos, encomiendas de monasterio, administración de obispos, secularizaciones, uniones, desmembraciones, dispensaciones, resignaciones in favorem, vacaciones in curia, afecciones, subsidios, excusados, gracias, millones y otras, sin contar las dispensas matrimoniales y de todo género, las bulas, los derechos de la nunciatura, los donativos particulares, los legados, las contribuciones que daban los frailes sacándolas, es claro, al pueblo, los regelos regios y los extraordinarios.

«Los inconvenientes, dice el obispo de Córdoba, D. Francisco Solís, en su *Dictamen sobre abusos de la corte romana* (1709) que introdujo la colación de los obispos que se abrogó la corte de Roma, se lloraron en la cristiandad con lágrimas de sangre... Unos anzuelos de plomo (los sellos de las bulas) sirven a la Dataria para introducir el oro del siglo en los tesoros de Roma. Antes de descubrirse el Nuevo Mundo, cuando el oro era rarísimo, y un millón importaba más que seis ahora, (1709), los obispos franceses que reclamaron en el concilio de Constanza en nombre de su nación, calcularon que sólo las vacantes de prelaturas y beneficios del reino de Francia producían cada año a Roma 200.000 francos, y hecho el cómputo de las demás naciones, daban cada seis años 6.977.500 florines de oro...»

Y añade refiriéndose a España y a su tiempo: «Esta abusiva conducta produce un gravísimo perjuicio a los pobres, hospitales y lugares pios... siendo materia de poquísimo ejemplo que los vicarios de Cristo (los Papas) quiten el pan de las manos a los necesitados.»

«Los obispos entrando (al serlo) empeñados con el excesivo gasto de bulas, que suele superar a la renta de un año ó de dos, la tercera parte de reservas, décimas, finitas de mesa, carga de subsidio y del excusado, y otras que comunican al clero, no pueden atender a los pobres.»

«El desangramiento con que desustancian todas las provincias y reinos (católicos) especialmente el de España (siempre fuimos los países de la cristiandad) de donde han corrido y corren arroyos y ruidos de oro con que, enriqueciéndose aquella corte, se hacen en ella milagros muy diferentes a los que hacía San Pedro por no tener moneda en los bolsillos (tiene gracia). Siendo de admirar que nuestros monarcas consienten esas evasaciones tan copiosas y continuadas que dejan exangüe a sus vasallos, pues como dijo Melchor Cano: «Si el rey quería su autoridad sin dependencia, debía dejar los subsidios de la Iglesia y ya le darían sus reinos más que lo que le concedería la curia romana.»

En nuestro siglo Roma ha sufrido una época triste en que España desde 1848 a 1875, veintisiete años, produjo muy poco al dinero de San Pedro, una vez abolidos de hecho y luego por el Concordato, casi todos los tributos. Pero aún quedaron para Roma la nunciatura, ciertas provisiones y gabelas, las bulas de prebendas, una renta por varios conceptos y las dispensas matrimoniales y de todo género.

La nunciatura le producía unos treinta mil duros al año, y las dispensas, contando únicamente las tramitadas por la Agencia de Preces (oficina del Estado), según D. Melchor B. Irujo, oficial de este centro administrativo, en su *Tratado de Preces a Roma*, produjeron en el quinquenio de 1862 a 1867 la friolera de 28.092.063 al Papa, ¡unos seis millones al año!, aparte los donativos episcopales, particulares, monjes, frailes y de la casa real.

Estos eran los malos tiempos para Roma, en los que se decía de aquí sus doce millones anuales ó más. ¿Qué no será ahora, que los tiempos para ella son buenos enal nunca lo fueron? No puede calcularse.

Si hubiese otra vida, y las almas se salvaran efectivamente por el procedimiento de dar dinero a los curas, bien podrían los españoles entrar en el cielo con el orgullo del que ha pagado espléndidamente la entrada. ¡Porque cuidado si nos cuesta caro el problemático asiento de paraíso!

Bajo el frívolo pretexto de que no tenía que comer, se ha suicidado una mujer en Sestao.

En todos los Asilos donde mangonean, comieron aquel día muy bien las Hermanas de la Caridad.
Y váyase lo uno por lo otro.

Donde las dan las toman

Un dominico subió penosamente al púlpito en Jerez, y digo penosamente, porque a cuatro patas se suben mal las escaleras. Y una vez arriba, rebuznó esto que transcribo de un periódico católico:

«Dijo el predicador que para ser alfonsino no precisaba ser católico, sino que bastaba ser maldón.

Afirmó que los curas tenían de jornal mil pesetas, que era la cuarta parte de lo que cualquier ministro daba a sus *paniguados* para que fueran a veranear a San Sebastián.

Tronó contra la revolución del 68, atacó duramente a los hombres públicos y a la prensa, de la que dijo que con sus *ladridos* predicaba la infame libertad.

Y terminó diciendo que, así como cuando la revolución francesa se dijo que con la última tripa del último monarca debía ahorcarse el último fraile, él decía que «con el último intestino del último masón debía ahorcarse el último enemigo de la Iglesia, de los curas y de las comunidades religiosas.»

No me parece mal. Y hasta le agradezco la franqueza a ese fraile. Como donde las dan las toman, váyase acostumbrando a la idea de desempeñar el glorioso papel de mártir, si las pesas caen un día de nuestro lado.

Y a quien Dios se la dé...

El médico de la sala de San Francisco de Asís, en el Hospital de Valencia, se negó a curar a los enfermos el pasado viernes santo, fundándose para ello en eso, en que era *Viernes Santo*.

Que es lo que Cristo dijo:
«Haz bien a tu prójimo todos los días, excepto aquel en que se conmemore mi pasión y muerte. En ese, que reviente.»

Desde que algunos médicos buscan clientela fingiéndose religiosos ¡qué brutos se han vuelto y qué inhumanos!
Aunque es natural. Una cosa trae a otra.

COMO ESTE, POCOS

De El Ampurdanés de Figueras:

«El ayuntamiento ha acordado agradecer, pero no aceptar, la invitación que le hizo la cofradía llamada del Santísimo Sacramento para asistir y pagar la hora de las 5 a las 6 de la tarde del próximo domingo de Ramos.

Hace ya muchos años que los ayuntamientos que se vienen sucediendo, atemperándose al criterio de la Constitución y de la ley municipal, se abstienen de toda intervención en asuntos religiosos, y por esto no aceptan invitaciones de católicos ni de protestantes ni de ninguna otra religión. La neutralidad es su norma.»

Como hubiese muchos ayuntamientos como éste en España, podríamos reírnos de la gente de cogulla.

Desgraciadamente, quizás no lleguen a media docena.

Por esto le aplaudo con más entusiasmo.

El párroco de Guadía de Prat se ha negado a bautizar un niño porque la persona que lo apadrinaba no se había confesado durante la actual cuaresma. La indignación del acompañamiento fué muy grande.
Me lo explico; el cura faltó al respeto y la consideración que a todos debía.

Por lo demás ¡pesh! Si el niño mama bien, quizás haya salido ganando. El tiempo no está firme aún y hubiera podido constiparse al poner en contacto su tierna cabezita con el agua fría.

Ahora, la cuestión tiene otro aspecto.
Si la persona que apadrinaba al niño no es católica de verdad, el cura ha cumplido con su deber negándose a admitirla.

Así como esa persona ha faltado al suyo, prestándose a intervenir en prácticas de una religión en que no cree.

Hay que condenar la farsa y la hipocresía donde quiera que asomen la cabeza.

CACIQUISMO

Un querido amigo y correligionario me dice que en el ayuntamiento de Monforte de Lemos reina el más completo desbarajuste.

En cuatro días hubo cuatro alcaldes, sin que tres de ellos se diesen a conocer al vecindario por medio del bando que es de rigor en estos tales.

En la secretaría se cobra a las clases pasivas que van a pasar la revista anual 15 céntimos de multa indebidamente.

Se dice también (aunque no se ha podido comprobar todavía), que en ella, en la secretaría, se cobran todos cuantos certificados se expiden, sean de la índole que fueren.

Y allá va lo gordo.
El alcalde, sospechando que el semanario *Canchales* iba a ocuparse de ciertos actos suyos poco recomendables, llamó al dueño de la imprenta en que se tira y lo amenazó con perseguirle constantemente y recargarle la contribución, si continuaba imprimiéndolo. Y el pobre industrial, atemorizado, prometió obedecer y lo cumplió.

No perderé el tiempo en pedir a las autoridades que sienten las costuras a ese alcalde. Sólo diré a los republicanos que se entretienen en eso de la Unión:

«Les parece a ustedes que un país en que ocurre esto, se arregla con programitas?»

Un salesiano ha distribuido por Salamanca una hoja encomiando el trabajo y calificándolo de *el gran precepto de Dios*.

Y todo para qué? Para acabar pidiendo dinero con que construir un edificio en un solar que han comprado varios bigardos de su laya contando con el dinero ageno.

Hay que convenir en que los frailes se están burlando con mucho salero de este pueblo idiota a quien saquean.

Riqueza y miseria

Atravesamos actualmente un período histórico, que ofrece los contrastes más extraños y dolorosos.

Bajo el punto de vista material, la riqueza de la humanidad es inmensa. La ciencia, el desarrollo de la industria, la actividad continuamente creciente, de las comunica-

ciones, acumulan y hacen circular, no sólo lo necesario, sino lo superfluo. Las grandes ciudades del mundo rebosan de habitaciones confortables, además de los suntuosos palacios, de muebles, vestidos, comestibles, en una palabra, de productos de toda clase. Y no obstante, en estas mismas ciudades se encuentran seres humanos desprovistos de todo albergue, sin vestidos, sin zapatos, sin pan, condenados inexorablemente, por carencia de un patrono a quien vender sus propios brazos ó la inteligencia, a morirse de hambre en un olvidado rincón cualquiera, ó a realizar un acto de conservación individual, como el robo, calificado de delito.

Desde el punto de vista intelectual y moral sucede absolutamente lo mismo. La ciencia ha realizado, digan lo que quieran los clericales y reaccionarios, verdaderos pasos de gigante. Se ha llegado a disciplinar, a domar todas las fuerzas naturales conocidas: la luz, la electricidad, el sonido, el calor; a domar el agua y el vapor; a reconstituir la historia del globo desde millares y millares de años atrás; la filosofía, actualmente basada en la observación, la literatura y las artes han alcanzado un desarrollo nunca soñado por las generaciones pasadas.

Y, sin embargo, del propio modo que existen infelices privados de pan, existen infelices privados de ilustración. En esta humanidad orgullosa de sí misma y que se vanagloria de su civilización, descubrimos en todas partes la opresión ó la astucia sembradoras del odio. El marido se proclama dueño de su mujer, el padre propietario de sus hijos, el Estado patrono y propietario de los ciudadanos. La mayor parte del inmenso trabajo de los pueblos está destinada, bajo forma de impuestos, a mantener una burocracia insolente y devoradora, un clero embrutecedor y un ejército siempre dispuesto a fusilar a los descontentos que osen manifestar sus ideas y proclamar su derecho a vivir.

La miseria material y moral de las masas es hoy más escandalosa é intolerable que en las épocas bárbaras, en las cuales se carecía de todo. La humanidad abunda en riquezas y aún abunda más en medios para poder acrecentarlas. Existe una minoría consciente y resuelta que no lo ignora ni lo olvida.

Y esta misma minoría es quien hace las evoluciones y las revoluciones. Ella es quien debe preparar los espíritus y las voluntades, no para realizar una transformación de forma, sino de substancia: transformación que, expropiando a los capitalistas de sus riquezas, las convierta en propiedad común é indivisa de todos, para poner un término al más odioso de los contrastes: la riqueza de las minorías y la miseria de las masas.

CARLOS MALATO

ESTO YA ES ALGO

Leo que en la reunión celebrada el miércoles por el Directorio de la Unión Nacional, quedó por unanimidad ratificado el acuerdo adoptado desde los primeros días de Abril.

Todos los individuos del Directorio entienden que sólo queda ya un procedimiento que emplear, el cual expondrán en un vigoroso documento que muy pronto conocerá el país.

Los señores Costa, Paraíso y Alba creyeron, por especiales razones, que el documento debía llevar únicamente sus firmas. Los demás no lo consintieron; así es que el documento irá firmado por todo el Directorio.

También se tomó otro acuerdo. El de constituir un nuevo Directorio, por si fuera preciso que entrara en funciones. Y quedó nombrado.

Como esto es ya algo, aun sin saber cuál acuerdo ha tomado el Directorio, aplaudimos.

Y aguardamos.

Los hay peores

Amigos de Navalmaral de la Mata:
Se niegan ustedes de lo soberbio y perturbador que es ese cura Pizaco que les ha caído en desgracia.

¿Qué dirán si les hubiese tocado uno que yo conozco, joven, y que embiste contra la libertad civil toro de Miura contra todo lo que se le pone por delante?

Al dirigir la palabra a las jóvenes, que unas por ignorancia, otras por debilidad concurren a la escuela dominical, les dice a propósito de los carnavales, que se habrán divertido mucho, que los bailes encienden la sangre, y que, como carnaval significa carne, habrán quedado satisfechas.

El jueves santo, para acabar con una fiesta que desde tiempo inmemorial celebra la juventud en un sitio determinado, alteró las horas de la procesión; mas los jóvenes, que comprendieron la idea, faltaron a la gimnasia, y el cura tuvo a toda prisa que acarrear gente, porque, de lo contrario, los santos no se hubieran limpiado del polvo adquirido durante un año de encierro.

Este cura es el mismo que, al visitarle dos pobres madres para que casase gratis a sus hijos, porque carecían de recursos, y decirle que de no hacerlo así se verían obligadas a recurrir al juzgado, contestóles con tono iracundo que no hacía falta que fueran al juzgado, pues bastaba que los novios fueran a la plaza pública, y allí a la vista de todos...

Las pobres mujeres, estupefactas, no se atrevieron a replicarle y se retiraron corridas de vergüenza. Pasado algún tiempo encontré una de ellas en la calle, y tales cosas le dije, que él salió corriendo, no sin decirle que debía dar todo al olvido, ya que había pasado.

Este, es un cura fusilable; compárenlo ustedes con el suyo, y se convencerán de que es un bandido.

OBRAS NUEVAS

DIOS PATRIA Y REY

EPIODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

OJO AL CRISTO

EPIODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

EN PRENSA

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a EL MOTIN, 50 céntimos.

El 7.º y 8.º cuaderno del *Diccionario Popular Enciclopédico* que acaban de enviarnos, contiene, como todos los anteriores, definiciones muy curiosas é instructivas, resultando una obra de mucho interés.

Los pedidos, a la calle de la Encarnación, núm. 4, Madrid.

MISCELÁNEA DEMAGÓGICA

El periódico *La Democracia*, de La Bañeza, ha hecho una valiente campaña contra el alcalde silvestista.

Y como no podía menos de suceder, dados los procedimientos hoy en moda, ha sido brutalmente agredido por un portero y un alguacil del ayuntamiento.

Se impone el revólver como distintivo del periodista.

Aunque de pocos años era el educado tan devoto, que admirados de su religiosidad los paragonaban en la iglesia de Torrelavega, a donde había ido a confesarse, salieron en su compañía.

Fuó detenido, aunque ya sin paraguas, y enserrado en la prevención. Cuando fueron a llamarle, había desaparecido taladrando previamente los tabiques.

Este niño profesará andando el tiempo en los jesuitas, a menos que se tuerza lo que hoy parece en él decidida vocación.

El clérigo que se trabaja al garbanzo en Ontañana, es primo ó sobrino de aquel bandido cura de Flix, que tantos crímenes cometió durante la última guerra.

Entró en el pueblo echándose de humilde, y ha acabado por dirigir desde el púlpito frases duras contra dignísimas personas, sólo porque no se prestan a sus manejos ni le rinden adhesión y vasallaje.

Deséale a ese el sable de su tío, y acaso lo deje en mantillas.

La voz de la sangre carca, unida al sentimiento religioso, hacen siempre prodigios.

Y dijo el cura de Villar de Gallimazo a sus herreiros:

«Si no sacan en oportuno las bulas de diferentes clases, precios y servicios, ni los absuelvo cuando se confiesen, ni entiero en sagrado ni bautizo a nadie de la familia.»

Aquello de: «O la bolsa ó la vida», resulta una hipérbole comparado con esto otro: «O los cuartos, ó al infierno.»

No me negarán ustedes que esto tiene mucha gracia y que revela un carácter.

Dicenme que en la iglesia de Santa Eufraasia de Zaragoza se azotan unos cuantos cerneles, mejor dicho, que los azota el cura.

Recordo que allá por los tiempos de la revolución dieron en azotarse en las bóvedas de San Ginés unos estúpidos como esos de Zaragoza. Un carnicero muy bromista y con unas fuerzas hercúleas se propuso acabar con aquella magiganga, y al efecto se agenció un vergajo y se colocó en las bóvedas.

Apagáronse las luces, y mi hombre, en lugar de disciplinarse, comenzó a repartir caricias de vergajo en las espaldas desnudas de aquellos ex-brutillos, que comenzaron a berrear con tal vehemencia, que acudió la policía y llevó a todos a la cárcel. Desde entonces desapareció tal costumbre.

¿No habría en Zaragoza algún aficionado de buen humor que imitase al guason aquel y se atreviese una noche a repartir lapsos entre los que se azotan ó son azotados en Santa Eufraasia?

Me daría una gran satisfacción el que lo hiciese.

Negóse el cura de Espera a predicar el jueves santo un sermón que por costumbre tradicional se pronunciaba en una fiesta, parodia de la Pasión, que se venía celebrando desde el siglo XI, y los fieles se amotinaron pidiendo ante el Monumento «¡toros, toros!», y la vuelta del párroco a quien el actual ha sustituido.

Este es uno de los contados casos en que creo que un cura tiene razón. Probablemente la fiesta sería una barbaridad, si no un sacrilegio.

Lo triste aquí es pensar en que, mientras haya feligreses burros, habrá curas arrieros.

No tiene la culpa el párroco de Coria, sino las mujeres que acuden a oírle, sabiendo que suele aplicarles desde el púlpito la misma palabra que el ventero aplicó a Mariortones cuando la encontró refocilándose con el arriero.

Pero si les gusta que se lo aplique, ¿cómo voy yo a censurar al presbítero porque las complace?

Todos los religiosos son iguales.
El Despacho británico de Biblias está ahora ocupado en enviar a la isla de Santa Elena, a donde han llevado los ingleses a los boers prisioneros, biblias en holandés.

Esta misma oficina fué la que ideó, con alte espíritu piadoso-comercial, llevar entre los negros del Sudán biblias iluminadas, en las que los santos, la Virgen y el Niño Jesús, eran todos negros y negritos.

¿Que es ya alambicarl

Si dejase de ir EL MOTIN a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO